

# La Literatura Porteña, Durante la Epoca Colonial<sup>(\*)</sup>

Voy a referirme al desarrollo de la literatura porteña, desde los heroicos días de Pedro de Mendoza, hasta los venturosos días de Mayo de 1810. El tema, aparentemente sencillo, es, os lo confieso, hartó complicado. A lo menos resulta tal, para quien os dirige la palabra en esta coyuntura.

Literatura porteña... pero ¿ha habido literatura porteña, con anterioridad a 1810? Si por literatura entendemos las altas y sublimes expresiones de sentimiento estético, nuestro tema se diluye en la nada, ya que desde mediados del siglo 16 hasta los inicios del siglo 19, no hubo en Buenos Aires, ni aun de pasada, un sólo genio literario, ni surgió de su seno una sola producción genial.

No nació, dentro del ejido de nuestra ciudad, ni moró en el mismo, un Ercilla, gloria que le cupo a Santiago de Chile, ni un Balbuena, alta satisfacción que tuvo Puerto Rico, ni un Ruiz de Alarcón, cuya cuna meció Méjico para tan alto esplendor de las letras hispanas.

Buenos Aires, que jamás tuvo el honor de albergar en su seno un literato de la excelsa alcurnia de los mencionados, menos aún contó con la altísima gloria de aplaudir a un dramaturgo de la talla de Lope de Vega, ni a un lírico del vuelo excelso de Rodrigo Caro, ni a un prosista de la galanura de Fray Juan de los Angeles, ni a un pensador de la estirpe de los Cervantes, de los Marianas, de los Huartes, de los Luis de León.

Si por literatura entendemos la obra de los grandes genios, o de quienes a ellos se acercan, cierto es que no hubo literatura porteña, con anterioridad a 1810, y podríamos agregar que tampoco le ha habido después de esa fecha, pero no nos avergoncemos de esa realidad histórica. Los pueblos, como los hombres, han tenido su infancia, y no les hemos de pedir, ni a los unos ni a los otros, lo que no corresponde a su edad.

---

\* Discurso pronunciado en la Academia Literaria del Plata, el día 17 de noviembre de 1947, como parte del "Ciclo de Conferencias sobre Cultura Colonial Porteña".



Y fuimos niños, a lo menos hasta el día de ayer. ¿Acaso no era menguada la población bonaerense, la de la ciudad y su jurisdicción, hasta muy entrado el siglo 19? Y el factor demográfico es, claro está, trascendentalísimo en todo progreso, y su conocimiento es importante para poder justipreciar los hechos relacionados con la cultura colectiva. Menos de 500 habitantes en 1602; menos de 2000 en 1664; menos de 5.000 en 1708; 10.223 en 1744, incluyendo en esa cifra a los mestizos, negros e indios, así de la ciudad como de la campaña; 18.346 en 1779 y 42.000 en 1810, contándose en estas cifras toda la población, así la blanca como la de color, así la urbana como la diseminada en la vastísima campaña bonaerense.

A un villorrio como la Buenos Aires del siglo XVII; a un pueblito, como la Buenos Aires del siglo XVIII; no podemos racionalmente exigir un movimiento literario tan intenso, sobre todo estando alejado de otros centros de pujante cultura, como exigimos a una populosa urbe, cual la Buenos Aires que ahora admiramos. Dada la escasísima población con que contó otrora nuestra ciudad, no nos ha de extrañar que ninguno de los nacidos en su seno haya rayado en la genialidad literaria, inscribiendo su dorado nombre al lado de los de Dante, de Milton, de Goethe, de Lope de Vega; tampoco nos ha de sorprender mayormente que ninguno de ellos haya ascendido a las altas cumbres a que ascendieron los autores de las Cantigas, de El Buscón, de la Flor de Gnido...

Nuestra literatura porteña, ni engendró escritores geniales, ni los produjo de altísima prosapia, pero hemos de reconocer que fué fecunda, podríamos decir que fué fecundísima, en manifestaciones de innegable, aunque limitado mérito. Estuvo lejos de las esferas de la genialidad, pero tampoco conoció las de la nulidad; no se esplayó en las de la superioridad, pero tampoco en las innobles esferas de la inferioridad. Su nota característica fué la de una discreta y, a las veces, áurea mediocridad.

Si por literatura, en una aceptación más amplia que la antes indicada, entendemos todas las creaciones estéticas que se manifiestan por medio de la palabra y por medio de la escritura, (lo que viene casi a ser un sinónimo de cultura), hemos de aseverar, y aseveramos, sin titubeos y con pleno fundamento, que fué abundante y, a las veces, magnífica la que hubo en esta ciudad, desde fines de la désimasexta centuria hasta los inicios de la décimanona.



Hasta las postrimerías de la era colonial, en lo que a las artes y ciencias respecta, no llegó Buenos Aires a rivalizar con Córdoba; tal vez fué inferior a Salta en manifestaciones artísticas de toda índole, sobre todo en los estudios filosóficos; es posible que Tucumán y Mendoza, La Rioja y Santa Fe hayan superado a nuestra ciudad en manifestaciones culturales, pero podemos aseverar que desde los días de Don Pedro de Mendoza hasta los de Don Cornelio Saavedra, el movimiento literario fué intensa en nuestra ciudad, y fué cualitativamente nada despreciable.

El citado Pedro de Mendoza llegó a nuestras playas en 1536 leyendo a Erasmo, al Petrarca y a Virgilio; a fines del siglo 16, los soldados Damián Osorio y Blas de Peralta traían en su mochila el Símbolo de la Fe, de Luis de Granada, las Epístolas de Antonio de Guevara, los Consejos de Gutiérrez, el *Contemptus mundi* de Tomás de Kempis. A principios del siglo XVII, el primer Obispo de Buenos Aires, Monseñor Carranza, entretenía sus ocios pastorales con la lectura de Plutarco, cuyas **Vidas paralelas** era uno de los 500 libros que poseía en su selectísima biblioteca. A fines de esa centuria, como ya hemos expuesto en otra oportunidad, los porteños leían a todos los autores más populares, así dentro como fuera de la Península hispana; las novelas de Cervantes, las letrillas de Góngora, las historias de Solís y de Mariana, los dramas de Calderón y de Moreto, los populares Romances, los celebrados Libros de Caballería.

Aun más: A mediados y a fines del siglo décimo octavo los porteños se solazaban con la lectura de los dramas de Moliere, con el Paraíso Perdido de Milton, con la Jerusalém Conquistada del Tasso, con las Fábulas de Lafontaine, con el Telémaco de Fenelón; hasta el Robinson Crusoe de Defoe era conocido y era leído, y esa novela llena de frescura, y los demás libros nombrados ya, eran leídos como entonces se leía, sin prisas y sin pausas.

El hecho es éste: los bonaerenses de los siglos XVII y XVIII tuvieron lecturas abundantes, unas sólidas y verdaderamente formativas, como las obras, de Caramuel y las de Feijóo, (para sólo citar las castellanas), otras amenas y entretenidas, a lo menos para los espíritus equilibrados y armónicos, no estragados por la baja y frívola literatura que ya, a fines del siglo XVIII, comenzaba a difundirse.

El polígrafo limeño José Eusebio Llano Zapata, que pasó



una larga temporada en Buenos Aires, en la primera mitad del siglo 18, no sólo nos dice que hubo abundancia de bibliotecas, sino que indica que había verdaderos bibliófilos. A Lima y a las demás ciudades visitadas por él, se refería Llano Zapata cuando escribía en 1758:

“Así como (según los viajeros más verídicos y políticos más juiciosos) se han sepultado en el Mogol todas las riquezas de oro y plata de nuestras Indias, del mismo modo se han juntado en ellas los más singulares libros que venera la república de las Letras. Las ediciones de los elzevirios, grifios y stefanos, que hoy apenas se encuentran en Europa, no hay baratillo, ropavejería o tendejón en nuestra América, principalmente en Lima, donde no se encuentren...

Nombra, a continuación, una serie de obras tan valiosas bibloagráficamente como expresivas de alta cultura, y agrega: “De nuestros eruditos españoles son bien frecuentes las obras más estimables que se hallan sin que la curiosidad se fatigue en adquirirlas. De libros italianos y franceses y portugueses, ha casi un siglo que son tantos los que se conducen a aquellos países que hoy se hallan en ellos los mejores que se han escrito en estas lenguas, que por este comercio se han hecho comunes a los eruditos americanos, pasando también su cultivo a las mujeres que precian de discretas...

A nadie estrañarán estas frases sino a los ingenuos repetidores de los consabidos infundios sobre el oscurantismo colonial americano, como si, una y mil veces, no se hubiese probado que aquella era fué una era de intenso afán cultural, aun en las ciencias físicas y matemáticas, no tan sólo en las disquisiciones filosóficas y teológicas. Recordad cómo en la primera conferencia de este ciclo, el señor Torre Revello, hizo público un hecho elocuentísimo, acaecido en esta ciudad de Buenos Aires y en el decurso de 1770: José de Silva y Aguiar, en ese año, vendió al abogado Antonio José de Ayala 1065 volúmenes, por valor de 4.220 pesos, 6½ reales. En cuanto a su valor adquisitivo, esos 4.220 pesos no eran menos de 30 a 40 mil pesos de nuestra moneda actual, y puedo agregar que en esa biblioteca porteña, en poder de un abogado, estaban todas las obras de los grandes juristas, teólogos y filósofos, incluso la Opera Omnia de Suárez, la Opera Omnia de Toledo, la Opera Omnia de Gassendi, y había allí un ingente lote de libros exclusivamente literarios: todas, o gran parte, de las obras de Montalbán, de Quevedo, de Calderón, de Saavedra, de Teresa de Jesús, de Cer-



vantes, de Fajardo, de Lope de Vega y de Garcilaso de la Vega, y en los plúteos de esa biblioteca bonaerense estaban las *Décadas* de Herrera, la *Floresta Española*, *La Pícaro Justina*, *La Hernandia*, el *Guzmán de Alfarache*, la *Roma Antigua y Moderna*, *El Antiguo Académico*, la *Biblioteca de las Musas*, el *Orlando Furioso*, las *Aventuras de Telémaco*, las *Obras de la Monja de Méjico*.

Abundaban los libros, porque abundaban los lectores, y abundaban tanto o más que hoy los lectores, porque el analfabetismo no era mayor y, hasta es probable, que fuera menor que la ahora imperante.

Todavía las aguas rioplatenses mecían las naves de Pedro de Mendoza, cuando Nuño Gabriel, en una casa grande, enseñaba a leer y a escribir, a cantar y a contar; y a principios del siglo 17, con anterioridad al maestro Vitoria, ejerció el magisterio don Diego Rodríguez, y hay razones para creer que enseñaba desde hacía mucho antes de 1605, ya que autorizaba a que se cobrara lo que se le adeudaba por la enseñanza impartida, en oro o en plata.

A la par de la enseñanza primaria que fué incrementando al paso que crecía la población, llegando a haber hasta más de diez escuelas simultáneas, siendo ella tan gratuita y tan obligatoria, como lo es hoy día, creció robusta, a lo menos desde 1617, fecha en que se fundó este Colegio del Salvador, la enseñanza secundaria. Sufrió ésta, después de 1767, un manifiesto descalabro, pero fué, poco a poco, rehaciéndose y en forma har-to halagüeña, ya que, entre esa fecha y la de 1810, se formó la luminosa generación de Mayo.

No hubo, es verdad, Universidad alguna en Buenos Aires, durante la época colonial, y sigue siendo un hecho ininteligible el que, no obstante las repetidas y ahincadas órdenes reales, nuestra ciudad se despreocupara de tener en su seno un instituto de estudios máximos. Con anterioridad a 1767, los Jesuítas habían fundado cátedras de Filosofía y Teología, y habían agenciado con las autoridades de la Universidad de Córdoba la validez de los exámenes parciales; aun más, con la rica herencia del Padre Juan Bautista Alquizaleta, habían los Jesuítas construído un magno Convictorio, en las afueras de la ciudad, y las autoridades habían solicitado con anterioridad a 1767, la fundación de una Universidad Jesuítica, pero después de esa fecha, ni las instancias del Rey y del Consejo de Indias, bastaron para que se dieran los pasos convenientes. Córdoba, Chuquisaca



y Santiago de Chile seguían siendos los únicos centros universitarios a los que acudían los porteños.

El Convictorio de Monserrat, en Córdoba, que sólo podía albergar un número tan corto como selecto, de estudiantes, tuvo entre 1742 y 1767, más de 60 porteños, entre ellos: Matías Warnes, Francisco Soloaga, Bautista Ornaechea, Clemente Baygorri, Félix Soloaga, Javier Riglos, Carlos Montero, Vicente e Ignacio Jaunzaras, José y Vicente Arroyo, Francisco y Jacinto Altolaguirre, Domingo Igarzábal, Juan F. Zamudio, José de Echeverría, Francisco Gama, Romón Rospigliosi, Diego Galain, Francisco Arocena, José Antonio Oro, Antonio Aldao, Juan Inda, Carlos San Martín, Bernardino Ceballos, etc., etc.

Entre los estudiantes de la Universidad que no formaban parte del privilegiado Convictorio, hallamos a los Alberti, Argerich, Castelli, Caviades, Elía, Gavia, Illescas Lazcano, Loria, Mármol, Medrano, Navarro, Obes, Olinden, Paso, Peña, Pizarro, y otros doscientos más que pasaron de Buenos Aires a Córdoba, con el solo objeto de cursar sus estudios en la Universidad de la docta.

No hubo en Buenos Aires Universidad alguna con anterioridad a 1810, pero no escasearon las Academias, pues las hubo de pintura, de dibujo, de matemáticas, de náutica, de filosofía, de música, y hasta de baile. Aunque en escala reducida, por ser reducida la población, Buenos Aires fué, en un todo, así en el decurso del siglo XVII como en el del siglo XVIII, un reflejo cabal de las tendencias científicas y literarias de la Metrópoli.

Cuando Buenos Aires salía de su infancia, a mediados del siglo XVIII, dos gérgenes habían hecho estragos en el frondoso árbol de la literatura hispana, como bien sabeis: uno, el concepticismo, que empozoñó su raigambre; otro, el culteranismo, que ajó sus ramas, resecoó sus hojas, marchitó no pocas de sus flores. En la centuria siguiente, se reaccionó contra aquellos vicios y, por un mal entendido antagonismo, se cayó en otro y deplorable mal: en una poesía prosaica que sólo conservó la forma externa del verso, y en una prosa desmayada, sin nobleza y sin elevación, sin calor ni encanto. Hubo excepciones, es verdad, pero así en la Península como en sus provincias ultramarinas, no pasaron de ser excepciones.

Y nuestra literatura corrió la suerte de la peninsular así en aquella como en esta etapa de su desarrollo: hay bella ingenuidad en el Romance que sobre la destrucción de Buenos



Aires escribió Luis de Miranda, compañero de Don Pedro de Mendoza; hay nervio en los *Comentarios* de Pero Hernández, secretario de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; hay inventiva feliz en algunos de los cantos de *La Argentina* de Barco Centenera; hay colorido en algunos párrafos de la *Descripción* de Reginaldo de Lizárraga; hay reposo intelectual y hay dicción severa en *El Gobierno del Perú*, de que es autor el licenciado Juan de Matienzo, pero ni aun estos escritores del siglo XVI, era brillante de las letras hispanas, llegaron a producir, en nuestro medio porteño, nada de altos quilates literarios. Para ellos, como para Ruy Díaz de Guzmán, para Gaspar de Acevedo, para Luis Alemán de Avilés, para Dionisio de Torres Briceno, la palabra escrita no fué utilizada tanto como signo de belleza cuanto como instrumento de una función moral. Tal vez Miranda y Centenera, a quienes pudieron llegar los efluvios de las escuelas poéticas hispanas, pretendieron la belleza, pero no la encarnaron en sus escritos, sino en forma menguada.

Otro tanto hemos de decir de todos los literatos hispanos que moraron en nuestra ciudad durante los siglos 17 y 18, y de todos los que, nacidos en ella, emularon a los peninsulares en el arte de la palabra. Ni unos, ni otros superaron la mediocridad.

No voy a citar a todos los autores porteños de estas dos centurias. Ceñiré mi lucubración, pasando por alto a todos los escritores peninsulares, aunque moraron por algún tiempo en nuestra ciudad, y de cuyos nombres hago gracia a mis oyentes, aunque entre ellos los hubo de tanta valía como el Obispo y abogado Azamor y Ramírez, como el publicista Francisco Antonio Cabello y Mesa, como el ingeniero Pedro Antonio Cerviño, como el Presbítero Juan Alberto Coarazas, como el mercedario José Eugenio Díaz, como el comerciante Francisco Antonio de Letamendi, como el maestro de Campo Pedro Pascual de Acevedo, como el naturalista Félix de Azara y el fecundo escritor Félix Haedo, como el enciclopédico Bartolomé Muñoz, sin contar la legión de Jesuitas españoles que en una u otra época moraron en Buenos Aires y nos han dejado escritos nada despreciables como los de los Padres Sánchez Labrador, José Cardiel, Diego de Boroa, Juan de la Guardia, Pedro de Helgueta, Francisco Díaz Taño, Juan Pastor, José Serrano, Cristóbal Gómez.

El último de los nombrados fué el postrer Rector del Colegio del Salvador, cuando estaba éste ubicado en lo que es



ahora la Plaza de Mayo, y a la pluma de ese Jesuíta se deben once libros, uno de los cuales, el *Elogia Societatis Jesu*, se editó en 1677, se reeditó en 1681 y se vertió al castellano en 1883.

Naturales de esta ciudad y alumnos de esos maestros, en su gran mayoría, sino en su totalidad, fueron Antonio Basilio de Aldao, jurista y escritor de elegante pluma, Martín José de Aguirre, agrónomo y hombre de ciencia, Manuel de Basavilbaso, a quien Concolocorvo elogia y con sobrada razón, Monseñor José Antonio Bazurco, undécimo obispo de Buenos Aires, Carlos José Montero, pensador y educador; Marcos José de Larrázabal, Gobernador que fué del Paraguay; Francisco Bruno de Zavala, algunos de cuyos escritos han sido publicados últimamente.

Si fueron muchos los porteños que, en las primeras décadas del siglo XVIII se distinguieron en las letras, abundaron extraordinariamente en las postreras de esa centuria. ¡Qué enorme zumbido el de la colmena bonaerense, en las postrimerías del setecientos! Unos pocos tienen ya nombre famoso en la república de las letras, pero cuántos esperan al investigador que, llamándolos del sepulcro de nuestros archivos, les diga: "levántate y anda".

Hijos de nuestra ciudad, o de su jurisdicción, y literatos de nota, fueron José Joaquín Ruiz y Julián Perdriel, Juan José Ortiz y Roque Illescas, Domingo Neyra y José L. Planchón, Pantaleón Rivarola y Esteban Romero, Claudio Rospigliosi y Antonio Sáenz, Juan Nepomuceno Solá y José Perfecto de Salas, Manuel Mariano de Paz y Saturnino Segurola, Cayetano Rodríguez y José Rondeau, Juan Manuel de Lavarden y Domingo Azcuénaga, Matías Camacho y Juan Baltasar Maciel, Francisco J. Leiva y Manuel Irogoyen de la Quintana, Vicente Juanzaras y Luis de Herrera, Melchor García de Tagle y Lázaro Gómez, Luis José Chorroarín y Alejo Castex, Esteban Romero y Manuel Mariano de Paz, Jorge Pacheco y otros muchos de quienes hemos hallado alguno o algunos escritos, inéditos en su mayoría, escritos, a nuestro ver, no indignos de figurar entre las producciones discretas de índole literaria.

Llevan la primacía entre los mencionados, ya sea por la originalidad de los pensamientos, ya por la belleza de la expresión, ya por lo ingente y meritorio de la labor realizada: el Franciscano Pantaleón García, orador eximio a quien sus contemporáneos compararon con Bosuet y cuyos discursos impresos son conocidos en todos los países de lengua hispana; el in-



fatigable Saturnino Segurola, cuya labor no parece haber sido la de un hombre sino la de una legión de hombres; Manuel José de Labarden, poeta de vena legítima y pensador profundo; Domingo de Azcuénaga que, como poeta, nunca ascendió a las alturas a las que llegó el autor de la Oda al Paraná pero era muy superior a él en la espontaneidad, en la finura traviesa, en la aguda picardía. Azcuénaga es uno de los poetas coloniales menos populares entre nosotros y los libros de literatura argentina ni le mentan. Sin duda, su desdén por la nueva y gloriosa nación, a la fizgó en repetidas ocasiones, ha influído en éste su ostracismo literario.

Si tenemos presente que la Buenos Aires de 1744, como ya notamos, sólo contaba con una población de 10.000 y la de 1800 albergaba en su seno y amparaba en sus alrededores una población que apenas frisaba en los 39.000, incluyendo en esta cifra, mestizos negros e indios, habemos de convenir en que la literatura porteña en el decurso del siglo XVIII fué más que satisfactoria: fué magnífica. ¿Acaso nuestras poblaciones actuales de 30, 40 o 50 habitantes son más fecundas?

Y al referirnos a la literatura porteña hemos tenido que descartar, de entrada, una de sus porciones más abundantes y más nobles, la que está trajeteada en la elegantísima lengua del Lacio.

No ignorais cuán grande fué el predominio de ese idioma en todos los actos de alguna solemnidad, así eclesiásticos como civiles, y en todas las cátedras, así, en las de las ciencias filosóficas como en las del arte retórico, y os puedo asegurar, y creedme bajo mi palabra de honor, que la prosa castellana bonaerense fué por lo común inferior a la prosa latina que hemos heredado de nuestros antepasados. De mediados del siglo 17 es la *Oratio habita in adventu patrum procuratorum Christophori de Grijalba et Thomas Dombidas*; de principios de la centuria siguiente es el elogio de don Esteban Urizar; de 1714 es la *Oratio in renovatione studiorum*, en la que Ignacio Navarro hace el elogio de la hormiga trabajadora, constante y previsora; de 1706 es el almidonado discurso que un desconocido pronunció al llegar a Buenos Aires el Gobernador Baltasar García Ros, inter hispanos heroas heroi prestantisimo, de fines del siglo 18 son los 20 o más discursos latinos que se conservan entre los papeles de Segurola.

Nada digamos de la poesía latina, de los dísticos y de los exámetros de las inscripciones y de las dedicatorias, cuya abun-



dancia es enorme y cuya calidad no es siempre despreciable, aunque muchas veces, como tanteos que eran de estudiantes, son composiciones poéticas muy lamidas y muy peinadas y en no pocos casos contaminadas por la epidemia del culteranismo.

Aun dejando de lado toda esa parcela, y nada despreciable de la literatura porteña, ésta se nos antoja fuerte y bella en cuanto al número y la calidad de sus representantes, no obstante la escasa población de aquellos tiempos y el apartamiento en que se hallaba nuestra ciudad, de todos los grandes emporios científicos y literarios así europeos como americanos.

Confesamos, no obstante, que no nos halaga tanto el hecho de que haya habido no pocos literatos de mérito, como otro hecho que consideramos más trascendental, aunque suele llamar mucho menos la atención de las gentes: la cultura colectiva, el nivel literario de la generalidad de los pobladores porteños.

No podemos juzgar a la gran masa de la población de antaño por su expresión hablada, pero sí por su expresión escrita y esto desde un doble punto de vista: desde el de la materialidad y desde el de la formalidad. Desde hace ya muchos decenios, en verdad desde 1913, venimos trabajando en los archivos nacionales, en esos venerables depositarios de la más variada documentación que nos ha legado el pasado y en todos esos archivos, muy particularmente en el de la Nación Argentina, hemos revisado y leído, total o parcialmente, unos 50 a 100.000 documentos, escritos los unos por virreyes o gobernadores, suscritos otros por frailes o soldados, rubricados no pocos por carreros, carpinteros, albañiles...

Por lo general, ¡qué belleza caligráfica, qué escritura uniforme y elegante, qué letra tan armónica y atractiva! Aquellos hombres eran, en ley general, buenos escribanos, como solía entonces decirse y en muchísimos casos eran egregios pendolistas. Maestro insigne en este arte y uno de los más geniales en este arte, arte que parece ya perdido para la humanidad, fué el jesuita Lorenzo Ortiz, de quien sabemos que, en las postrimerías del siglo XVII estuvo en Buenos Aires y fué profesor de caligrafía en este Colegio del Salvador, cuando la ubicación del mismo estaba en la calle Bolívar, y egregio pendolista fué Don Ambrosio Funes, en las postrimerías del siglo 18, y de él es el libro de muestras caligráficas, existente en la Biblioteca de este Colegio.

Pero lo que me llama poderosamente la atención en los miles de escritos debidos a plumas bonaerenses, no es tanto la



bella visión que ellos ofrecen, por su nítida redacción, cuanto la claridad de las ideas, la precisión de los conceptos, la lógica del discurso. Aquellos hombres, educados a base de los clásicos de la antigüedad griega y romana, y a base de los clásicos hispanos de la edad de oro, concebían con claridad, discurrían sin rodeos, y sabían expresarse con admirable orden y con un no menos admirable encadenamiento ideológico.

Aun las mujeres, cuya cultura no fué inferior a la de los hombres, antes posiblemente fué superior. Aun las mujeres, decimos, ya que hemos podido reunir como 250 cartas femeninas y su lectura nos resulta, en muchos casos, tan grata y placentera, como la de las cartas de Teresa de Jesús.

Hombres y mujeres, a la par, sentían la belleza y, con mayor o menor habilidad, sabían valerse de las formas estéticas. No me halaga el que un pueblo cuente con una centena de grandes o notables talentos literarios, si el 90 % de la población es incapaz de sentir la belleza y está inhibida para expresarla. Sería erróneo juzgar del nivel cultural de un pueblo, por lo que en él constituyen excepciones. Auscultar la masa, comprobar el porcentaje de individuos cultos, observar los movimientos de las multitudes, son los únicos medios para juzgar con acierto.

Se afirma en todos los libros de texto, y aun en otros que no lo son, que si bien es verdad que la España del siglo 16 contó con más de 30 florecientes Universidades, y el elenco de los literatos de ese siglo contiene más de mil escritores de fuste, lo cierto es que no había enseñanza primaria, y que las multitudes, esto es, el 90%, u 80% u 70% de la población, vegetaban en el palurdismo más ignominioso. No voy ahora a rebatir este aserto, que considero monstruoso e ilógico, ya que si hubo más de 30 florecientes Universidades, algunas de ellas con 8 a 10 mil alumnos, forzosamente hubo unos 500 colegios secundarios, y si hubo unos 500 colegios secundarios hubo sus diez mil escuelas, y si hubo sus diez mil escuelas, la cifra de analfabetos debió ser muy baja.

Pero prescindo ahora de este argumento y me atengo a un hecho cierto: las multitudes madrileñas, sevillanas, barcelonesas, burdigalenses, que asistían entonces a las corridas de toros, no eran menores que las que, de pie, y durante 4, 6 y más horas consecutivas, asistían a los Autos Sacramentales, cuya sutileza teológica y cuya finura artística escapan hoy día, no ya a las multitudes pero aun a la mayoría de los que creen poseer una exquisita formación cultural.



Y si de los alegóricos Autos Sacramentales, pasamos a las disquisiciones filosóficas y teológicas, sabemos que las multitudes invadían los patios universitarios de Alcalá y de Salamanca, y aun los de Huesca y Gandía, para presenciar y gozar de los distingos agudos y de las sutilezas metafísicas, y no eran los doctores y letrados, sino los aldeanes los que, en largas caravanas de acémilas, recorrían la carretera que une a Madrid con Alcalá, y tenían la virtud, que hoy nos parece inconcebible, de asistir a debates intelectuales, en el idioma del Lacio, por espacio de muchas y largas horas.

Entre nosotros, aunque en proporción menor, ya que fué mucho menor la población, sucedía lo propio, y sabemos que en Córdoba, cuya Universidad cuenta con un amplísimo patio central, fué necesario en más de una oportunidad salir a la calle, a la plaza mayor, a fin de que pudieran asistir a los actos literarios todos los interesados en los mismos.

Tampoco el teatro, entre nosotros, no obstante la escasa población porteña, fué algo baladí o irrisorio, como pudiera creerse. Otro de los disertantes, que toman parte en este Ciclo de conferencias, va a referirse ampliamente al tema. Yo, en esta coyuntura, sólo haré notar que ya en 1721 creían los superiores de la Compañía de Jesús que eran excesivas en número las representaciones dramáticas que los alumnos de este colegio del Salvador, ofrecían al público bonaerense. Seis años más tarde, en 1727, hallamos al Cabildo tratando de la remuneración que se debía a los actores de cierto drama, y veinte años después, en 1747, y con ocasión de la entronización de Fernando VI, se representaban piezas teatrales de producción local.

Según García Velloso y Taullard, había en ese año dos teatros estables, uno de ellos El Corral Porteño, fundado por el correntino Eusebio Maciel. Este hijo del país era compositor, además de empresario. En 1756 Pedro Aguiar y Domingo Sacomano fundan un teatro que sólo llegó a durar dos años, ya que, desde 1758, no se vuelve a mencionar su existencia. Surge otro teatro en 1783 en la llamada Ranchería, gracias a Francisco Velarde, y a los nueve años un incendio reduce a pavesas el local. Autores nacionales, como anteriormente Maciel, componen piezas para las tablas de este teatro y el señor Mariano Bosch ha dado a conocer los títulos de algunas de esas composiciones.

Entre estos dramaturgos nacionales cabe mencionar en



primer término a Labardén, dos de cuyas producciones se representaron en 1789: el *Siripo* y *La Inclusa*. Esta era una loa, que debía preceder al *Siripo*, pero no se llegó a exhibir. Aunque el *Siripo* llegóse a representar, no conocemos su texto. El citado historiador Mariano Bosch ha demostrado que la escena del segundo acto, que se conoce, es de un drama de igual título, y es de época posterior a 1810 y se debe a Ambrosio Morante, uno de los actores más notables en las postrimerías de la era colonial.

Desde 1792 hasta 1807 no hay teatro estable y profesional en Buenos Aires, pero surge el teatro vocacional, y a él pertenece una pieza conocida y totalmente local representada en 1796. Era su título: "El año de 1795 en Buenos Aires". En 1804 se inauguró el Coliseo provisional, frente a la Iglesia de La Merced, y como ha demostrado el señor Trenti Rocamora, se cerró en 1806 y no llegó a reabrirse hasta después de 1810, y con la denominación de Teatro Argentino. En 1805 se había comenzado a construir un Coliseo definitivo, pero al acaecer los sucesos de Mayo estaba aún inconcluso y, estando así, fué también pasto de las llamas.

Como véis, señores, el pueblo porteño no desconoció este elemento de cultura literaria y consta positivamente, como ya hemos indicado, que no faltaron dramaturgos locales. Entre ellos el ya citado Labardén. De él sabemos que en Chuquisaca, donde terminó sus estudios, había compuesto un drama sobre la *Araucania*, como dió a conocer el Dr. Ricardo Rojas y cuyo título exacto era *Los Araucanos* como ha comprobado recientemente el señor Trenti Rocamora. A este diligente estudioso del pasado debemos la noticia de que, con mucha anterioridad a Labardén, había compuesto una pieza teatral el santafesino Antonio Fuentes del Arco. Nos referimos a la Loa de 1717.

Los fenómenos recordados ya, ponen de manifiesto una cultura literaria generalizada, y de ello tenemos otra prueba: las innumerables composiciones poéticas que Alfonso Carrizo ha llegado a reunir en sus deleitosos *Cancioneros* y, por lo que a la ciudad misma de Buenos Aires se refiere, las incontables composiciones poéticas que, desde hace años, venimos coleccionando. Sino la poesía, ciertamente el verso, estaba a la orden del día, y cualquier acontecimiento era recordado, enaltecido, vituperado, cantado o llorado en estrofas más o menos armoniosas, más o menos ingeniosas. Así el fallecimiento de Mons. San Alberto enlutó la flebil lira de nuestros versificadores, y



pasan de 15 las composiciones que, referentes al deceso o a la actuación de este prelado, han llegado hasta nosotros:

*La posteridad ¿podrá  
olvidar a San Alberto  
y como otro cualquier muerto,  
del todo fenecerá?  
Nada menos, vivirá  
en sus cartas pastorales  
y en sus Teresas leales  
en sus huérfanas queridas  
y en otras obras lucidas  
permanentes e inmortales.*

También lloraron los poetas porteños el deceso de un joven a quien un anónimo llama "célebre joven". Don Serapio Bruno Zabala era el llorado joven y de él no tenemos mayores noticias. Debió haber excitado la admiración de sus contemporáneos ya que uno de ellos, bombasticamente sin duda, le considera un Masillon en locuencia, un Bacón en sabiduría:

*Si en alguna ocasión, muerte homicida  
debiste ser a muerte condenada  
Nunca con más noticia conocida  
que la ocasión presente, en que quitada  
fué al talento mayor por ti la vida.  
Vida que debió ser eternizada  
pues hiciste un estrago irreparable  
en cortar un ingenio inagotable.*

Esta es una de las varias composiciones a la temprana muerte de este desconocido joven, que se conservan en nuestra Biblioteca Nacional bajo el N° 3650, y otro lote de ellas, igualmente apelmasadas e igualmente expresivas, se conservan bajo el N° 3326:

*Llora tú también madre afligida  
pues faltó el sol que más te iluminaba...*

es el comienzo de unas de estas octavas a cuyo pie se lee: despedida de un amigo verdadero amante y fino.



Por irregularidades que no es del caso mencionar, fué preso el abogado Juan Francisco Barón. Sus enemigos divulgaron coplas injuriosas y sátiras diversas:

*En casa de un tal Padilla  
dicen unos, que leyeron  
una grande providencia,  
mas no todos la entendieron.  
Todos los apasionados del abogado Barón  
han pensado de que el lunes lo saquen de la prisión.  
Mas según yo me presumo  
no saldrá tan fácilmente  
pues la justicia quiere  
de que pague prontamente.*

Barón salió de la cárcel, no sabemos si el lunes u otro día de esa semana, pero sobre la puerta de su casa, se puso en hoja de folio mayor y con letra de fardo:

*Por orden superior  
se ha soltado de la prisión  
a Barón.  
Pero él ha de pagar  
con razón o sin razón  
la falta de respeto  
a la real jurisdicción.*

En pública calle también aparecieron hacia fines del siglo 18 unas décimas con ocasión de haberse subido el precio de la carne:

*Porque peor está que estaba  
clama el pueblo al justo cielo  
en el país de la abundancia  
sin dinero y sin consuelo.  
La carne se vende al peso  
y el carnicero mohino  
hace al peso un desatino  
con las piltrafas y huesos...  
Qué miseria y qué vergüenza  
que siga tan cruel rigor,  
y tú Fiel Ejecutor*



*¿qué haces en nuestra defensa?  
Tu desempeño convenza  
que sois capaz y de celo  
y que no te muestres hielo  
al ver la angustia y verdad  
con que en su necesidad  
clama el pueblo al justo cielo.*

De principios del siglo 18 es una doble hoja llena de guarismos y anotaciones comerciales, y en ella leemos unos versos de amor:

*Entre confuso y turbado  
afligido y displicente  
te diré en cuatro razones  
lo muy triste que me tienes..., etc.*

Otra composición amorosa, es la que compuso el soldado blandengue, Jorge Pacheco, mientras se hallaba arrestado en el cuartel frente a las Catalinas, 1788:

*Dicen que me han de matar  
Señora, vuestros parientes  
¿Matarán? No matarán;  
matarán si son valientes.*

Y la glosa

*Tu singular perfección  
hermosísimo portento  
me roba el entendimiento  
alma, vida y corazón.  
No tendrán, no, variación  
ni constancia singular  
fielmente he de adorar  
tus luceros prodigiosos  
aunque algunos envidiosos  
dicen que me han de matar.  
¿Yo dejarte de querer?  
¿Yo dejar de celebrar  
vuestro bello rosicler?  
No tienes, no, que temer  
semejantes accidentes*



*pues aunque son diferentes  
nuestros muchos embarazos  
a todos ellos mis brazos  
matarán que son valientes.*

Entre los papeles de un comerciante, hallamos una glosa graciosa, aunque muy poco favorable a la índole de los mestizos:

*Mestizo de mala suerte  
mirá que te mira Dios  
y si te ha dado algún ser  
es para tu condenación.  
Mestizo hay con fortuna  
de los que conozco yo  
y mestizos hay que no.  
Tus bienes son de fortuna.  
y más los que Dios te dió  
y si te contemplas rico  
es tu mayor perdición.  
Mestizos hay con fortuna  
de los que conozco yo  
y mestizos hay que no.  
Con enredos te condenas,  
propios de tu dirección  
con que a todos nos traes  
enredados con pasión.  
Los bienes los mirarás  
como Dios te los dió,  
y no sean para que  
los goces con irrisión  
Mestizos...*

La forma y el fondo de estas piezas pregonan su origen popular, y tal vez tengamos que decir lo propio de otras piezas, aunque llevan ribetes de eruditas.

*Las calles del paraíso  
salió Eva a pasear;  
sin necesidad salió  
sabe Dios cuál volverá.  
Topó con una serpiente*



*con quién había de topar  
mujer que se paseaba  
sólo por curiosidad.  
Púsose a hablar con ella,  
disculpaba el natural  
que aunque sea con el diablo  
es mujer, y había de hablar.  
Convidándola a ser Diosa  
hízola a la mujer pecar  
que el querer ser adorada  
lo han tenido desde Adán.  
Para tentar al marido  
fué la astucia singular,  
que el diablo no se atrevió  
y entró ella en su lugar.  
Si entonces se perdió el mundo  
por una mujer nomás  
ahora que tiene tantas  
decidme en qué ha de parar.*

Estas composiciones anónimas, de temas generales, no me seducen, ya que pueden ser originarias de la Península, aunque conocidas y generalizadas en nuestra ciudad. Esto es evidente en muchos casos, como en el del romance que dijo un poeta al Rey Nuestro Señor con motivo de la feliz rendición de la Isla Santa Catalina 1779, pues de la misma poesía se deduce que su autor era español y escribía en la península. También era español pero moró en Buenos Aires el sargento que en 1778, compuso unas décimas tan sencillas en su factura como acriolladas en su espíritu:

*Desde Cádiz me parece  
que será bueno empezar  
para poderte contar  
todo cuanto se me ofrece.  
Y así digo que fué el trece  
de noviembre, el feliz día  
que con notable alegría  
y particular contento  
ayudándonos el viento  
salimos de la bahía.*



Más adelante refiere las dotes del General de la expedición:

*Iba en dicha expedición  
de General Comandante  
un Bernardo arrogante  
y en lo forzado un Sansón,  
en la ciencia un Salomón,  
un Carlomagno en prudencia,  
pues dicen por experiencia,  
los españoles vasallos,  
que con don Pedro Cevallos  
nadie tiene competencia.*

Pero lo notable en este anónimo poeta y soldado es la forma en que captó y supo expresar algunos característicos de la patria de su adopción:

*Las bolas, cuchilla y lazo  
en este país infiero  
que mucho más que el dinero  
para comer, son del caso,  
pues cualquiera que de paso  
se le antoja una res  
la bolea por los pies,  
el lazo le arroja al cuello,  
entra el cuchillo al degüello,  
y se le come después.  
Las cabezas se desprecian,  
las asaduras se tiran,  
el menudo ni le miran,  
y las manos las desechan,  
únicamente aprovechan  
de la res más extremada  
el costillar y rabada  
con la lengua y los riñones  
dejando a los cimarrones  
lo demás de la carnada.*

Sobre la expedición de Caballos, a que se refieren estas composiciones versan también otras dos, halladas por el señor Torre Revello en el Archivo de Indias y que algún día publicaremos en nuestra proyectada Antología poética colonial.



Que el pueblo bonaerense sabía valerse del verso, (el cual ciertamente es una forma cultural que sobrepasa lo vulgar y denota formación literaria), quedó sobradamente comprobado con ocasión de las Invasiones Inglesas. Los triunfos de los nativos sobre los hijos de Albión tuvieron el singular mérito de suscitar una legión de Tirteos. Tal vez no sea exagerado el afirmar que pasan de doscientas las composiciones en verso que entonces circularon, impresas unas, manuscritas otras. Hasta las mujeres se creyeron otras Safos, y no faltó una monja lega del Convento de las Clarisas, que atrevióse a cantar al son de la vigüela, las hazañas de los patriotas.

*¿Quién causó al inglés estrago?*

*Santiago.*

*¿Quién nos supo defender?*

*Liniers.*

*¿Quién trajo lucida gente?*

*Valiente.*

*Y aunque el británico intente*

*volvernos a conquistar*

*siempre lo ha de castigar*

*Santiago Liniers valiente.*

Con anterioridad a las invasiones eran los ingleses tema de la literatura popular bonaerense. En una composición, cada verso comienza con la sílaba *na*, y la postrera termina con la sílaba *da*, nada, y dice así:

*Navega siempre admirada*

*naufragando allá la vida*

*nadas donde nadie nada*

*naces cuando estás perdida*

*nada nada nada nada.*

Esta compisición que es, como dijimos, de fines del siglo 18, tiene unos versos de significación política, pues se refieren a la independencia de los Estados Unidos:

*Que se rebeló Boston*

*es mal ejemplo, lo es,*

*mas ¿por qué no vió el inglés*

*su fin y su perdición?*



Cuando a fines del 700, Juan Baltasar Maciel publicó dos sonetos, más ingenuos que maliciosos, "Un turbión de papeles cayeron sobre aquellos dos pobres sonetos, escribía después el contristado vate, contra los cuales, como si fueran algunos monstruos homicidas, se concitó la zaña de nuestros poetas. ¡Qué no han dicho éstos, de la ruda organización de su metro y de la impropiedad de sus términos, y hasta notaron como insignificantes, las voces *concreto* y *ovación!*".

Estas palabras de Maciel nos manifiestan que en esa época abundaban los parnasianos, y nos declaran, por otra parte, que no estaban ajenos al afán literario, ya que conceptuaban indignas de la poesía, los mencionados términos.

El "Turbión de Papeles" que ahogó la naciente musa de Maciel no era sino una parte mínima del aluvión de papel escrito, de quilates literarios, más o menos apreciables, que llenaban los anaqueles de los estudiosos, las mesas de los aficionados, las gavetas de las curiosas, y que lejos de estancarse, corrían de mano en mano, en copias rapsódicas, con glosas o sin ellas.

El Padre Cecilio Sánchez, morador otrora de este Colegio del Salvador, tenía en 1767, entre sus mamotretos: un soneto y una décima contra D. Sebastián Carvallo; un epitafio contra el Sr. Zenón Somodevilla, una décima contra un religioso carmelita, unas décimas a la entrada del Sr. Obispo Bazurco, unas octavas en elogio de la Compañía de Jesús, una sátira contra Don Pedro Cevallos y contra los PP. Alonso Fernández y Diego de Obregoso, unas décimas contra el Concordato, otras décimas contra el Sr. Aguado de Arquipa, unas sátiras en favor y en contra de la Compañía, un soneto a favor de los Jesuitas, el Padre Nuestro glosado contra la Francia, unas coplas satíricas contra D. Carlos de Sarria, unas décimas por la pérdida de La Habana, un sermón satírico contra Fray Manuel Espinillo, una loa para la comedia El Alferez, un poema San Ignacio de Loyola, etc., etc.

Según parece, llegó a haber dos agrupaciones o peñas literarias de singular trascendencia local en las postrimerías del siglo 18. Sendos volúmenes así parecen indicarlo. Nos referimos a la *Disección anatómica* que se publicó en 1797 y a las *Poesías Místicas*, publicadas en 1798. Casamayor, Prego de Oliver, Labardén y otros no pocos, constituían una de esas agru-



paciones literarias, mientras que Juan Manuel de Agüero y Echabe, limeño, era considerado como el oráculo de la otra.

No voy a recordar los méritos y deméritos, ni de los unos ni de los otros, ya que el Dr. Ricardo Rojas lo ha hecho, y en forma exhaustiva y luminosa, pero me cabe la satisfacción de aportar una pieza literaria inédita que ilustra las escaramuzas literarias que hubo entre ambas agrupaciones antagónicas.

Agüero y Echabe, a quien no faltaban condiciones literarias, combatió acerbamente a los del bando contrario y contra ellos escribió y publicó la *Disección Anatómica* ya recordada. No conocemos la respuesta que los Casamayor, los Labardén y los Prego de Oliver dieron, pero conocemos un Aviso al público, trabajado, sin dudas, por los mismos. En él se lamenta la muerte del poeta y se dice que reunidos los vates porteños trataron sobre dónde colocarían el cuerpo embalsamado del finado autor de la *Disección Anatómica*. "Sobre la veleta de la Iglesia de San Telmo, aunque sea invierno", fué el veredicto de la junta de poetas, y unánimemente redactaron este epitafio:

*¡Oh, tú, buen pasajero,  
que desde abajo miras mi esqueleto!  
yo soy el Padre Agüero  
aquel famoso ingenio, aquel sujeto  
que escribió poesías  
para envolver pimienta en pulperías.*

Si del verso popular, o erudito-popular, pasamos a la prosa popular, esto es a los escritos, de suyo intrascendentes, y de los que hay innumerables muestras en nuestros archivos, nos asombra la claridad, la lógica, y aun la espontánea belleza, de que están dotados.

Una tal María de Ojeda escribía en 1789, y agradecía al Cabildo Eclesiástico el que la hubiesen favorecido para ingresar en religión:

"Voces y expresiones me faltan proporcionadas para expresar a Vuestras Señorías el humilde agradecimiento con que se halla mi corazón, al contemplar la benignidad caritativa con que se han servido mirar a este gusanillo de la tierra, admitiéndome tan sin méritos a gozar de la santa compañía de esas Siervas del Altísimo, las Madres Carmelitas, hijas del espíritu de la Madre Santa Teresa.



"No puedo menos que confesar, con confusión mía, que en medio de mi indignidad ha obrado la mano de Dios aquí, en este asunto, moviendo invisiblemente las manos de Vuestras Señorías para que me admitiesen para hija y humilde súbdita de este santo Monasterio, y aun, según tengo entendido, para que me prefiriesen a otra que lo tenía pretendido, ya de antemano.

"Lo confieso, mis señores, a quienes, desde ahora, miro como a mis prelados, ya que no hallo voces para significar rendidas gracias. Servirán para este fin las obras que sacrifico a la voluntad de Vuestras Señorías para que, como prelados míos, desde este punto dispongan de mi rendida y gustosa obediencia".

No menos espontánea, ni menos elegante, en su simplicidad, es una carta que doña Petrona de la Llana escribió en diciembre de 1799:

"Muy señor mío:

Sin carta de usted, a que dar contestación, molesto su atención manifestándole que, el día 5 del corriente año, fué Dios servido, llevarse para sí, a mi esposo D. José Lorente.

Con este motivo y el de haber quedado su albacea, estoy tratando de las liquidaciones de cuentas que han quedado pendientes.

Siendo una de ellas, la de D. Jerónimo Barbosa, y habiéndome impuesto de que D. Manuel Luján sustituyó en usted el poder que llevó de dicho finado, a su retirada de ésa, y quedar hecho cargo de esta cobranza, le he de estimar como favor de usted, que no omita las más eficaces diligencias a la extinción de este crédito, pues hace unos cuatro años largos, que se le han cumplido cuatro plazos, de a doscientos pesos cada uno, según condición de la escritura. Yo he celebrado esta ocasión para ofrecerme a su disposición y ruégole trate este particular con empeño".

Así escribían, con esa y aun con mayor espontaneidad y gracia, las mujeres de otrora, aquellas mismas, a las que, según ciertos escritores, tan ingenuos como adocenados, estaba prohibido el aprender a escribir, por temor de que correspondieran con sus amantes.

En el decurso de este año, y desde la tribuna de la Academia Nacional de la Historia, voy a referirme extensamente a la cultura femenina durante la época hispana y mis asertos no



coincidirán ciertamente con los que propalan nuestros textos de historia, cuya redención parece cada día más imposible.

Y voy, señores, a terminar esta modesta conferencia, pero no pondré punto final a la misma, sin recordaros que en mayo de 1810, como por obra de magia, aparecieron oradores de fácil y galana palabra, surgieron poetas de elocuente y férvida inspiración, no faltaron cronistas minuciosos e historiadores inteligentes para redactar los hechos que entonces tuvieron lugar; Hubo doquier corresponsales que transmitieron las felices noticias a sus amigos y familiares ausentes; aun más, la patria, recién nacida, contó con publicistas, con periodistas que iluminaron las páginas de La Gaceta, como anteriormente habían dado vigor y luces a las páginas del Telégrafo Mercantil y a las del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio.

No digáis que esos hombres fueron autodidactas, que fueron lo que fueron, no por, sino a pesar, de la incultura literaria que había prevalecido hasta ese momento. La inmensa literatura relacionada con los sucesos de Mayo no fué, bien los sabéis, la obra de unos cuantos, autodidactas o no autodidactas; antes fué la expresión de todo un pueblo, de todo un pueblo que desde hacía más de dos centurias se nutría, y en forma racional y humana, en los más ricos veneros de la literatura hispana y aun en los de la literatura mundial, y muy principalmente en las fuentes siempre perennes de inigualada belleza literaria, que brotan a las orillas del Tiber y al pie del Acrópolis. ¡Pobre juventud nuestra, tan despierta y tan capaz de todo y condenada no obstante por pecados ajenos a desconocer y aun despreciar los más ricos raudales de la belleza literaria, esterilizando así sus dotes literarias, después de haber dispersado su atención en programas tan frondosos como ineducativos.

No era el caso en aquellos lejanos tiempos, como no es el caso actual en Oxford y en Cambridge, y esa realidad fué la que contribuyó tan poderosamente a que, no unos cuantos privilegiados, sino la masa del pueblo colonial fuera literariamente culta, hasta cultísima, y con aquella cultura profunda e íntima, que surge de la convivencia con los grandes genios de la antigüedad.

Y esa formación teológica y humanística, literaria y social, no surgió el día 22 de Mayo de 1810; venía de atrás, venía de los tiempos coloniales. Y digamos sin timideces: si los actores que sobre empinado coturno representaron en el teatro de la



historia la escena, sin igual, de nuestra independencia política no eran movidos por hilos de farsa, ni repetían lánguidos dictados de apuntador, sino discursos de viril contextura, hay que reconocerlo, (la lógica lo exige y el sentido común lo demanda), esos discursos fueron la floración gloriosa de una lengua cultura, intensamente humanística y, por ende, intensamente literaria.

GUILLERMO FURLONG, S. J.